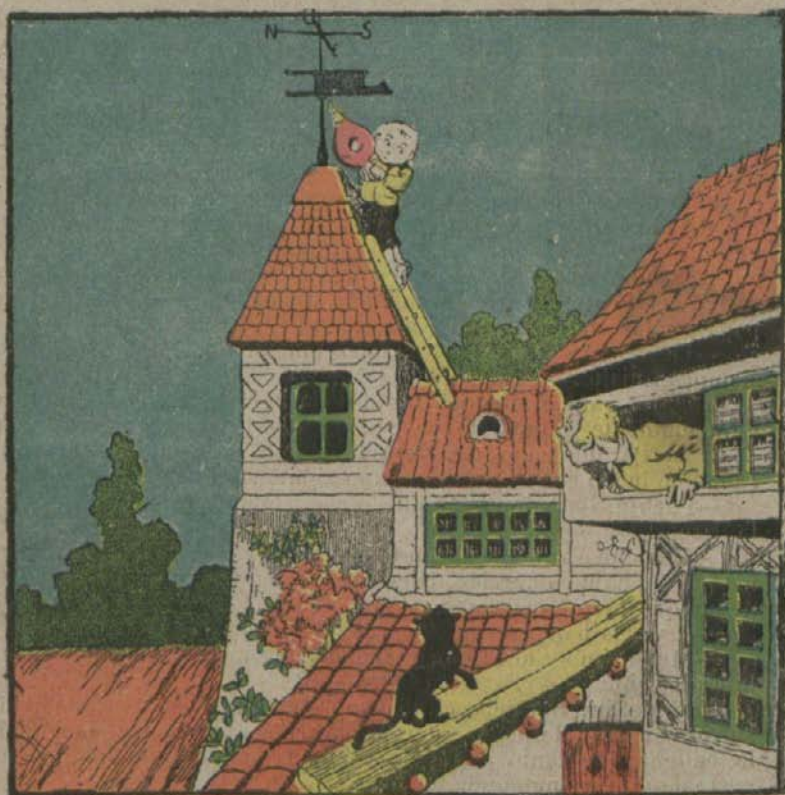




—¿Qué haces aquí?

—Hago girar la veleta. ¡Como siempre te quejas de que sopla el viento del Norte!



PALIQUE

De pie en el dintel de la puerta de mi cuarto, con el brazo derecho enarbolado y jugueteando con una peseta entre sus dedos, me dijo alegre y sonriente:

—Te convidó.

—Ven acá,—le contesté.—¿Cómo tantos días sin verme?

—Convidó,—repitió guardando la moneda y abrazándose, añadiendo:—Ya sabes que hoy comes con nosotros, pero antes quiero convidarte yo. ¡Verás que

cosa tan hermosa! Conque ponte el sombrero y en marcha.

—¿Tanta prisa corre la cosa? ¿Dónde quieres llevarme?—le pregunté.

—Es una sorpresa; verás como te gusta,—dicho lo cual de nuevo volvió a mostrarme la moneda diciéndome.—Me la ha dado papá por las notas que le traje ayer.

—Tú siempre tan aplicado y buen muchacho. Así debes de ser siempre Luisito.

Al poco rato estábamos los dos en la calle; charlaba el chico animadamente y atendíale yo con agradable atención, íbamos a dejar el Parque cuando se detuvo, llevó la mano al bolsillo y mirándose luego con angustiosa expresión.

—Pachín,—me dijo,—no puedo convidarte, sabes... he perdido la peseta.

—Me eché a reír, pues con tanto meter y sacar había previsto lo que le había ocurrido. Hice para tranquilizarle preguntándole donde quería que fuésemos.

—A ver la ballena y unos peces. ¿Te gustaría verlos Pachín?

—Muchísimo y mira, poco tenemos que andar, estamos ya en la Exposición.

Ya en el interior del recinto comprendí que su entusiasmo había sufrido un gran descenso, pues al pararnos ante la instalación de la ballena que tanto anhelaba ver, no pudo el niño dominar un gesto de viva repugnancia.

—¡Qué bocaza, que negra y grandota es! ¿Verdad que parece de madera?—me dijo volviendo la cabeza.—Vamos a ver los peces.

En pocos minutos recorrimos el recinto de la Exposición; Luis

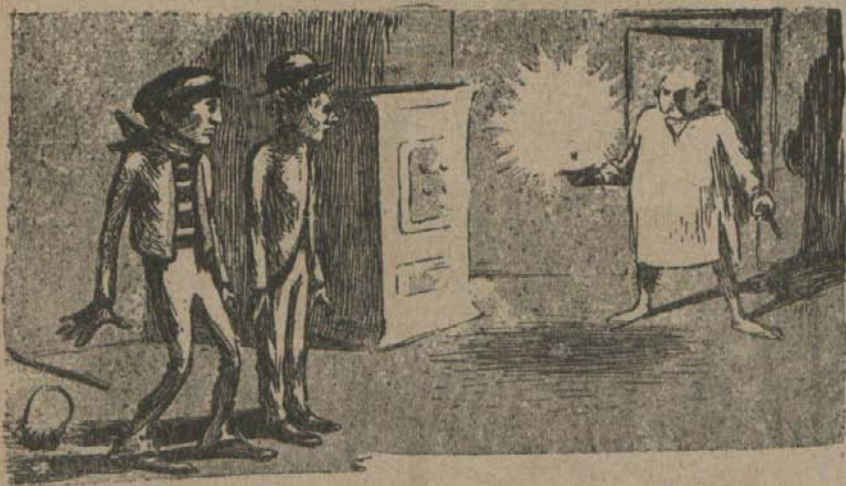
apenas si se fijaba en ellas, pues según su parecer sólo peces de surtidor contenían. En la sección de *aquariums* se distrajo algo pero la impresión no respondía á la ilusión que el chico se había forjado. Juzgando por la suya mi impresión, ya en la calle.

—¿Verdad,—me dijo,—que no te ha gustado lo que hemos visto?

—Yendo contigo todo me gusta,—le contesté.

—Otro día te convidaré, tú elegirás donde debemos ir, ¿querrás Pachin?

—Déjate de convites; siempre que quieras salir conmigo subes, y como los mejores compañeros saldremos los dos.



—Pero ¿qué quieren encontrar ustedes á oscuras, si yo á las doce del día no encuentro ni un céntimo?

Emprendimos la vuelta á casa. Era un día espléndido, primaveral, un día que brillaban el oro y el azul, se respiraba ambiente de flores, y percibía la retina, los deslumbramientos de un sol brillante y templado por los brisas del mar. Pronto olvidó Luis la pérdida de su peseta y la decepción sufrida; de vez en cuando me soltaba la mano para ir al encuentro de alguno de sus compañeros de colegio y mientras ellos charlaban y reían, sentía yo como mi alma se remozaba al percibir sus vibraciones de vida, de esperanza y de dilatado porvenir.

PACHIN

DUELO A MUERTE (HISTORIETA MUDA)



Pensamientos

Mirad como un amigo seguro al hombre sincero que os advierte de vuestras faltas; no á aquel que aprueba cuanto haceis.

Homero fué el padre de la epopeya; Esquilo de la tragedia; Esopo, del epílogo; Píndaro de la poesía lírica, y Teócrito de la poesía pastoral.

Entre los hombres comunes se aumenta el número de amigos con la fortuna; entre los literatos no se conoce el grado de estimación de que uno es digno si no por el número de enemigos.

Los que gobiernan son como los cuerpos celestes, brillan mucho, pero no tienen ningún descanso.

SIN RENCOR

I

Daba gusto el ver á aquellos dos niños tan hermosos jugar en la playa á la caída de la tarde cuando el globo incandescente del sol se hundía tras la línea imaginaria que el agua y el cielo trazaban allá en lo infinito.

Jorge, uno de los dos niños era más alto, más robusto que su compañero Pedro; éste tímido, aquél más resuelto. Ambos vestían unos trajecitos de marinero, pero el de Jorge era de dril, y á trechos la tela se hallaba superpuesta; en cambio el de su amiguito era de finísimo paño azul y los botones se semejaban al oro por lo dorados y relucientes.

Ambos niños se querían como á hermanos, bien es verdad que siempre se hallaban juntos y que unos eran sus juegos y aspiraciones; y aun cuando la diferencia social era notable en Jorge hijo de un humilde pescador comparada con la de Pedro cuyo padre era capitán de navío, no por eso era menos el cariño que se profesaban, al que coadyuvaban los progenitores de Perico porque la familia de Jorge era honradísima y de unos antecedentes inmejorables.

II

—¿A dónde vas Perico?

—A buscar á Jorge que me estará esperando en el muelle.

—No sé como no te dá vergüenza andar siempre con ese pobrete.

—Es muy bueno; el que

sea pobre, no importa.

—Vente conmigo y déjate de mendigos que fingen querer solo para que hagas con ellos el *primo*.

El que así decía era un chicuelo de unos diez años vestido con pretenciosa elegancia; asió del brazo á Perico que no opuso la menor resistencia y ambos amiguitos se pusieron á pasear tranquilamente por la Alameda.

Aquella noche Pedro á solas en su lecho dió en reflexionar en las palabras dichas por su pretencioso amigo. Tenía razón; Jorge era muy bueno pero muy pobre, ningún niño de su edad ni de su clase jugaba con el hijo del pescador; ¿por qué había de jugar él?



—Mi madre y yo hemos comido ostras y ahora tenemos un malestar que no sé que será.

—Sencillamente: ¡es que alguna de ellas os habrá reconocido!

no le despreciaría; eso no, pero poco á poco iría separándose de él, hasta acabar con su amistad.

III

Han transcurrido tres meses, y encontramos á Jorge triste y pensativo sentado en un taburete de madera en la cocina de su casa mirando como su madre prepara en una canasta los rodaballos pescados por su padre la mañana precedente.

—¿Qué haces Jorge? ¿Por qué no sales? Di. ¿Has reñido con Pedro?

—No, madre, Pedro no me quiere ya. Ayer le ví en la playa del brazo con el hijo del maestrante. Las saludé y se hicieron los distraídos. —Y al decir esto los ojos de Jorge se nublaron de lágrimas. —¡Me desprecia porque soy pobre!...—levantóse de su asiento y añadió: —Madre, me voy á la playa á esperar á padre.

El día estaba apacible, y el muelle se veía lleno de curiosos que iban á ver el arribo de uno de los vapores correos que hacen la travesía de la Península á Buenos Aires y viceversa.

Al llegar al embarcadero el niño se detuvo sorprendido.

En la cumbre de la peña dos jovencitos discutían acaloradamente.

En ellos reconoció Jorge á su ingrato amigo y á Antonio.

—¡Ah que no te atreves,—decía el último á Pedro —á dar un salto desde aquí á la orilla sin caer en el mar!

—¿Que no me atrevo? Espera un momento,—replicó Pedro y poniéndose de pie arqueó los brazos y se dispuso á saltar.

Jorge vió lo que ocurría y escuchó dos gritos de espanto.

Pedro había calculado mal la distancia, y en vez de caer á la orilla traspuso ésta y fué á parar como unas tres varas mar adentro. El peligro en que se encontraba era inminente pues el desgraciado no sabía nadar, y la marea crecía por momentos.

Antonio desde lo alto de la peña permanecía mudo de asombro, en tanto que Jorge con extraordinaria ligereza se quitaba las botas y el trajecito y se echaba al



—Este pequeño tiene un defecto que sería una gran cualidad si fuera perro de caza.

—¿Cuál?

—Que es muy chato.



—¿A dónde vas á cazar?

—En donde he comido.

—¿Y dónde has comido?

—En ninguna parte.

—Pues te acompaño.

mar á libertar aquella inocente presa que se debatía desesperadamente con el líquido elemento; al fin asió á Pedro por la chaquetilla y á remolque lo trajo á la playa. Allí sobre la fina arena depositó al pobre niño y notando que se había desmayado cogió con ambas manos un poco de agua rociando el rostro de su amigo.

Á los pocos instantes volvió en sí y al ver á su libertador lanzó un grito de alegría.

Después levantándose echó los brazos al cuello de Jorge y besándole murmuró:

—¡Jorge, hermano mío! ¡Perdóname si por un momento me olvidé de tí! Ahora te quiero más que nunca y comprendo que la pobreza no es ningún delito, no priva de poseer el más hermoso corazón. Tu acción tan noble me obliga á amarte como al mejor de los hermanos. Dame otro abrazo... ¡Verdad que no me guardas rencor!

—No, Pedro; tristeza me causaba tu desvío, pero no rencor, pues mis padres me han dicho siempre que es la peor semilla que podemos abrigar en nuestro pecho.

Tan embebecidos se encontraban los dos amiguitos que no repararon que desde el principio de aquella conmovedora escena, el cobardón de Antonio avergonzado de su anterior conducta huía sigilosamente de la playa.

ALEJANDRO J ARRUBIERA

EL JUEZ Y LAS MOSCAS

Un labrador de la Alcarría, había dado á guardar una jarra de leche á un vecino suyo. Cuando fué á reclamarla la jarra no contenía ni una gota de leche, asegurando el vecino que las moscas la habían apurado.

Como el labrador no quedó convencido, entabló un proceso; condenando el juez de paz al guardador á pagar la jarra de leche, cuya custodia le habían encomendado.

—No tenía usted más que matar las moscas,—decía el digno funcionario,—y no dar lugar á que apuraran una jarra de leche.

—¿De suerte,—dijo con gran sencillez el acusado, que no está prohibido matar las moscas?

—¡Que ha de estar!—replicó el juez.—Al contrario: donde se ve una mosca, allí se acaba con ella.

En aquel momento una mosca se posó en la mejilla del juez, apresurándose el hombre á matarla al punto, soltando al efecto la más solemne bofetada al representante de la ley.



—Venga esa mano, ¿no es usted diputado por Villaceboñas?

—No, señor, es aquí enfrente.

—Entonces retiro la mano y dispense.

EL TENDEDERO FANTÁSTICO



Doña Serapia que tenía justa fama de perfecta lavandera, tendía cierta mañana la blanquísima ropa en la orilla del río.



Cuando uno de sus hijos llamado Bartolo se le ocurrió pintar el rostro de D. Nicomedes tomando el chocolate.



Y a su otro hijo Serafín la cara de D. Teófilo después de tomar la ducha.



Riéndose de la sorpresa que le va a causar a su madre ver la ropa convertida en exposición de caricaturas.



Alejándose la mujer complacida del resultado de su lavado.



Cual no sería su sorpresa al ver el retrato de sus parroquianos que le miraban con ojos burlones é interrogativos.



El maestro.—Vamos á ver, Benítez, ¿qué es ése? *El chico.*—Ése es donde papá pierde el dinero de mamá.

VENGANZA DE MAGDALENA

Porque había hecho mal la mayonesa, tostado el embutido, derramado la salsa sobre el vestido de un invitado y vertido el salero, Magdalena fué despedida por la señora de Altarroca.

Indignada por verse despedida, Magdalena tuvo la idea de vengarse, pero ¿cómo? La solución no se hizo esperar.

La mañana siguiente fuese á la tocinería comprando una vejiga de cerdo. Ya de vuelta á su casa, regocijábale ante la mala pasada que iba á jugar á su descontentadiza señora.

La cosa no podía resultar más sencilla: llenó la vejiga de tinta y la colocó cuidadosamente al fondo del sombrero de su señora, hecho lo cual lo dejó donde lo había encontrado retirándose de puntillas.

El otro día la señora de Altarroca debía asistir á un gran banquete. A la hora de vestirse llamó á Magdalena, ayudándola ésta con la mayor atención y solicitud.

—Despacha, Magdalena,—dijo la señora, al acabar el tocado;—dame el sombrero, que es ya muy tarde.

Con gran delicadeza presentóle la doncella el lujoso sombrero, ornado con magníficas plumas.

—Está muy bien, Magdalena, puedes retirarte, pues no preciso ya de tus buenos servicios.

Colocóse delante del espejo, clavó uno de los largos pasadores y

bum... la vejiga de cerdo cuidadosamente oculta reventó dejando escapar por el rostro de la señora de Altarroca su negro contenido.

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritaba la aterrada señora, al verse convertida en una negra.

Entretanto, Magdalena, con su maleta había abandonado la casa refugiándose en la de su tía y escapando del furor de la señora que, según ella, tan injustamente la había despedido.

VARIEDAD

Nuevo invento de Edison

Acaba de ser dada á conocer por el famoso inventor una nueva invención suya, consistente en un aparato denominado *Cinetólogo*, que reuniendo el cinematógrafo y el fonógrafo proyecta imágenes animadas y parlantes. Cuantos ensayos se habían practicado para acoplar estos dos inventos habían fracasado. La dificultad estaba en obtener un sincronismo perfecto entre los dos aparatos. Y esta dificultad la ha resuelto Edison en su último invento.

Un reporter ha presenciado las pruebas en Llewellyn, cerca de Orange, donde Edison tiene un laboratorio y afirma que su éxito es admirable y sorprendente.

Edison ha prometido dar muy pronto con su nuevo aparato una representación completa de una ópera de Wagner.



Toto acaba de decir una incongruencia y declara haberla aprendido en el diccionario

La madre.—¿Has visto también en el diccionario lo que dice de los zorros?

Toto.—Que son unos animales muy malos que ocasionan grandes perjuicios.



—Estas peras no están sazonzadas.
—No se preocupe a hora, que de más verdes
maderan.

No hay plazo que no se cumpla...

Era el terror de los internos y de los externos un chicarrón de catorce años que por su estatura hubiera podido figurar en una escuadra de gaitadores, y por sus fuerzas medirse con los mocicos que principiaban á gallear; pero todavía su atrevimiento era más desmedido.

En paz y en guerra, á las horas de estudio como á las del juego con un pretexto ó con otro, apenas pasaba día sin hacer de las suyas; ora buscando camorra á los novatos, ora burlándose de sus antiguos compañeros.

Habíale puesto por mote Sansón y era el baratero del colegio; un tiranuelo que se mofaba de los profesores y de los avos y á quien todos

sus condiscípulos tenían que pagar diversos tributos en acatamiento á su física superioridad.

Ya se le antojaba este juguete, ya aquella golosina; ya se empeñaba en que uno le limpiase las botas, ya que el otro le resolviese los problemas que le tocaban. Hasta solía conseguir que le sustituyesen los libros que rompía, y no faltaba algún infeliz que por temor de sus puños, se atribuyera sus faltas y sufriese resignado el castigo.

Jugando un día á la pelota, como se le cayera en una alcantarilla quiso obligar á su contrincante á buscarla á fuerza de golges.

El otro era un puro nervio y muy inferior en fuerzas, pero no cobarde.

Cruzóse de brazos y mirándole fijamente le dijo:

—Sigue pegándome si quieres, que no me moveré de aquí; pero ten la seguridad de que algún día *te devolveré la pelota*.

Marcó estas últimas palabras intencionadamente, y Sansón se alejó soltando una carcajada y mirándole con piedad desdeñosa.

En cuanto á los compañeros, la mayoría aplaudió al más fuerte y los menos compadecían de veras á Gilito como llamaban al otro, no creyéndole capaz de poder vengarse, ó lo que es lo mismo de *devolverle á Sansón la pelota*.

Nadie volvió á acordarse de aquello por la frecuencia conque ocurrían reyertas y lances por el estilo.

Algunos observaban que Gilito se aplicaba mucho á la gimnasia,

constituyéndose en ayudante del profesor, que le enseñaba toda clase de ejercicios; alcanzando en poco tiempo el número uno en agilidad y destreza.

Como era de carácter pacífico y generalmente no tenía que reñir con ninguno, á esas ventajas no le dieron otra importancia que las que adquiría con ellas en ciertos juegos como el salto.

Respecto á Sansón confiado en sus fuerzas naturales, ni cuidaba de aumentarias en la gimnasia, ni creía que la destreza y la agilidad llegasen nunca á ponerle en aprieto.

Una tarde estaba todo el colegio merendando en un campo; cada alumno despachaba sus provisiones con el apetito que á esa edad se tiene después de haber correteado un par de horas al aire libre, fuera de la vigilancia de sus profesores.

Gilito, de propósito había llevado dulce de pifia, por ser la golosina que más le gustaba á Sansón.

Cuando al baratero se le antojaba una cosa jamás se creía obligado á pedirla por favor. Así pues alargó su manaza al plato de la pifia sin pronunciar una sola palabra. Pero Gilito le atajó la acción retirándolo con toda calma.

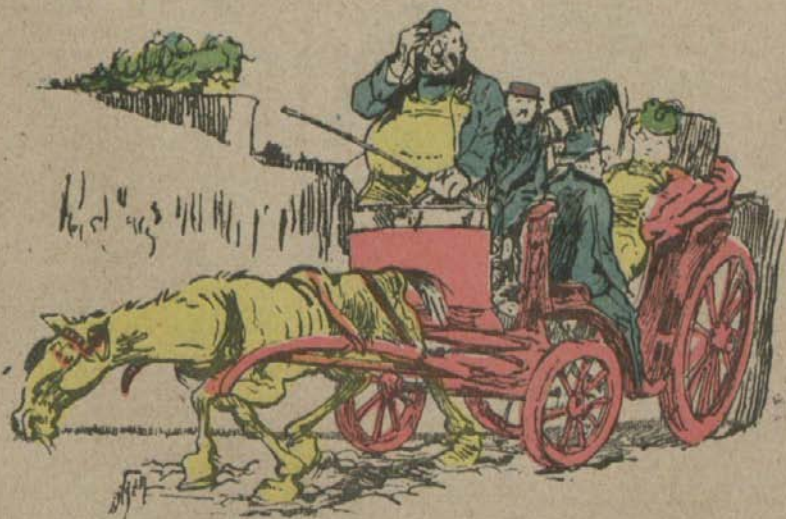
—Te digo que lo quiero!—dijo el otro amenazador.

—Y yo te contesto que no me da la gana de darte ni un bocado sino o pides con buenos modos.

—Yo te daré á ti lo que te conviene,—replicó Sansón acometiéndola.

Pero ya estaba en guardia Gilito blandiendo un juncó.

Era el bastón del baratero mucho más grueso y en sus manos resultaba un arma terrible; pero con gran sorpresa de todos no le sirvió de nada.



LAMENTACIONES DE UN COCHERO

—¡Pobre caballo, hoy que solo le he dado la mitad del pienso...! ¡Me parece que á este paso no llegaremos nunca!

El débil junco manejado con rapidez vertiginosa y con singular maestría, no tan solamente paró cuantos golpes trataba de asestarle, sino que repetidas veces hirió á Sansón en la frente, en las mejillas y en distintas partes del cuerpo.

Bufaba rabiósamente, redoblaba sus acometidas entre la hilaridad general, y al ver la inutilidad de sus fuerzas contra aquella destreza tiró su bastón con despecho. El vencedor imitole tirando el junco.

El otro entonces volvió á acometerle á puño cerrado clamando:

—¡A ver ahora si te sirve ser diestro en la esgrimal

Pero no logró pegarle ni un solo puñetazo; Gilito no le entregó su cuerpo; saltándose y agachándose con agilidad de gato montés le mareó á bofetadas poniéndole la cara como un tomate.

Todos aplaudían celebrando la derrota y humillación del baratero.

Al cabo el cansancio puso término á aquel combate tan desigual y entonces Gilito le dijo tranquilamente:

—No hay plazo que no se cumpla; delante de todos prometí devolverte la pelota, y delante de todos te la he devuelto, cuidado no se te vuelva á perder.

L. G. R.



LOS DOS VIAJEROS

Dos hombres Pablo y Tomás, caminaban hacia la ciudad próxima. De repente Tomás ve en medio una bolsa que parece muy llena. Acercándose apresuradamente, nuestro hombre la recoge y se la mete en el bolsillo. Su compañero muy contento dice:

—¡Que suerte para nosotros!

—No, — contesta Tomás, — la suerte es para mí.

Pablo no habla más y los dos continúan su camino. Pronto llegan á un bosque, y al atravesarlo, tres ladrones se acercan.

—Estamos perdidos, — exclama Tomás pidiendo socorro.

—Tú sólo estás perdido, — contesta Pablo, — pues yo no tengo nada que defender.

Tomás tuvo que entregar la bolsa y comprendió que para tener amigos en la desgracia es preciso no ser egoísta.

—¡Si, caballero, este chico es un gracioso! ¡se ha tragado una pieza de cincuenta céntimos!

—Esto no es nada señora, conozco algunas personas que se han comido millones y los han digerido perfectamente.

PASATIEMPOS

REGALOS

DEL "CORREO DE LOS NIÑOS"

- 1.^o *Un precioso reloj de oro.*
- 2.^o *Un retrato con marco dorado.*
- 3.^o *Un magnífico juguete, á elegir.*

Más de 500 premios en cuentos y novelitas infantiles.

ANÉCDOTA

Un aldeano cortaba un árbol á orillas de un río, teniendo la desgracia de que su hacha se le cayera al agua sin poder recogerla.

Apareciósele entonces Mercurio y mostrándole una hacha de oro:

—Buen hombre,—le dijo,—¿Es esta la hacha que acabas de perder?

—No; esta no es mía,—contestó el labriego.

—¿Es acaso esta?—le preguntó mostrándole una de plata.

—Tampoco es esta la que busco.

—Luego será esta,—observó presentándole una de hierro que era en realidad la que había perdido.

—Esta es,—afirmó el aldeano recobrando el perdido acero, en tanto Mercurio le ofrecía las de oro y plata como premio á su probidad.

La probidad es una de las más meritorias virtudes que jamás queda sin recompensar.

ADIVINANZA

Dicen que soy rey
y no tengo reino,
dicen que soy rubio
y pelo no llevo,
afirman que ando
y piernas no tengo,
y arreglo relojes
sin ser relojero.

ANTONIO PEÑALVER

CHARADA ILUSTRADA



Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIÓN á los pasatiempos del número anterior

Frase hecha. —Tener un pie en la sepultura.

Charada. —Salamanca.

Jeroglífico. —Dolores.

*Para la correspondencia al director de
Correo de los Niños, Apartado, 88*

UN CHAUFFER IMPROVISADO



Cruspitínez llevaba una vida nómada, viviendo de rapiñas y durmiendo en los bosques, preocupándose solamente de evitar un encuentro con la guardia civil.



Un día vió un auto parado en una carretera y Cruspitínez se dijo:

—¡Que pisto me daría yo con una máquina semejante.



Y poniendo en ejecución su pensamiento, con la rapidez del rayo partió á toda velocidad. Los turistas, que estaban almorzando tranquilamente so-



bre el verde césped, se apercebieron del atrevimiento de Cruspitínez, pero en vano le gritaron el jaltó Cruspitínez seguía impertérrito su desenfadada carrera, cometiendo toda clase



de atropellos, sin preocuparse en los más mínimo de los lamentos de los heridos, extasiado con el vértigo de la velocidad, no hallando obs-



táculos á su paso que no venciera con asombro de cuantos encontraba en su camino.



Mas todo tiene su término en este mundo, y Cruspitínez se vió impotente ante una inoportuna pana que le dejó el auto... completamente inmóvil.



Pero no se acabaron los recursos de su fértil imaginación, y divisiendo un ligero perrillo lo ató sólidamente al pesa-



do artefacto, que á la voz de mando del vagamundo partió con tan rápido galope que Cruspitínez no volvía de su asombro pensando si sería el mismo demonio.



Tan desastrosa carrera tuvo un fin no menos desastroso, pues el perrillo lo precipitó en un estanque, haciendo caso completamente omiso de las exclamaciones del vagamundo, que tomó un baño ruso y otro de impresión, al



divisar á la guardia civil, que hacia rato que andaba buscándole... y por fin dieron con él y con su cuerpo en



una oscura cárcel, en donde tuvo mucho tiempo para reflexionar en los inconvenientes que tiene el apoderarse de lo ajeno.